

ción de los conservadores disminuirá mucho en el próximo Parlamento, y que, al ingresar de nuevo el partido de nuestras preferencias en el poder, por lo mismo que habrá tardado algún tiempo, ingresará robustecido.

Tomada Plewna, la marcha de Rusia ha sido marcha triunfal, sin que ningun obstáculo pueda detenerla. Con el Cuadrilátero al flanco izquierdo, pero imposibilitado de hacer daño; con la cordillera de los Balkanes, sobrepujada y rebasada; sin ningun ejército considerable que intente, no ya cerrarles el paso, pero ni siquiera detenerles un momento en su camino, Tracia, desde Andrinópolis á Constantinopla, como despojo queda hoy de la arbitrariedad del vencedor, cuyas legiones, á su grado, podrán retroceder ó adelantar, sin otra inspiración que la del propio instinto, ni otro cuidado que el de los propios intereses. Diríase que asistimos á las invasiones de los primeros tiempos de la Historia, cuando un pueblo se lanzaba sobre otro pueblo como una fiera sobre otra fiera, y deshaciéndolo y triturándolo, arrojaba sus restos á los piés del sacrificador, para que los devorase y los consumiese en las hogueras consagradas á sus antropófagos ídolos. Las invasiones de Atila, precedidas por los atambores mágicos en aquellos carros de guerra donde erraba aullando un pueblo nómada,

todo él en armas, no aterraron á los latinos como aterran á los turcos estas invasiones de eslavos. Antes que aguardar á sus conquistadores, prefieren los otomanos recibir la muerte. Se les ve á bandadas, llevando sobre sus hombros las reliquias más queridas y los objetos más preciosos, con sus hijuelos desnudos delante, con sus mujeres maltrechas y aspeadas á la espalda, errar por los desiertos de hielo, extraviándose en los caminos, borrados por las inclemencias de la estación, hasta morir con maldiciones terribles en los labios al estrago del frío, de la desesperación y del hambre. Cuentan que, hace pocos días, partíase inmenso tren de una de las ciudades intermedias entre el Bósforo y los Balkanes. La población, para la guerra inservible, quería irse toda entera, y clamaba con siniestros clamores, á fin de impedir que la dejaran allí á merced del ejército conquistador. Pero ¿cómo un tren, ni dos, ni tres pueden trasportar una población entera? Los que temían quedarse echábanse en tierra y ponían sus cabezas en el frío hierro de la vía, prefiriendo que el empuje de las locomotoras los aplastase á que los encontrara la enemiga venganza. Y mientras tanto, el ruso avanza y amenaza á un tiempo Galípoli y Constantinopla.

¿Qué hace Inglaterra? Paralizada por los discursos de la oposición, dividida entre las ideas

tradicionales de su política y los nuevos sentimientos de sus tribunos; en verdad, no sabe qué hacer ni cómo arreglárselas para arbitrar alguna manera de intervencion más ó ménos directa en el problema de Oriente, capitalísimo para sus intereses y para su prestigio. El Parlamento se reúne á deshora, lo cual prueba ciertas inquietudes, y el Gobierno se aprovecha de la apertura para afirmar su neutralidad. Naturalmente, al oír esto, la oposicion pregunta por qué, si tanto persiste el Gobierno en su anterior proceder, convoca en sazón tan intempestiva las Cámaras. Y se publica la correspondencia diplomática, y se ve en su publicacion cómo por un lado quisiera seguir Inglaterra las tradiciones de su diplomacia, y por otro lado satisfacer las exigencias de su oposicion. Impedir el avance de los rusos y la guerra á un mismo tiempo sería todo su ideal. Pero los rusos, sabiendo cuán poco deben temer de su antigua rival, avanzan deseosos de ilustrar este su siglo con una entrada en Constantinopla; deseo que coincide con las primeras leyendas de su historia y con los primeros mitos de su nacionalidad. No sabiendo qué hacer el Ministerio, acude á la Reina misma en persona, y la obliga imprudentemente á que telegrafie al vencedor un ruego en pro del vencido. En los torbellinos de la guerra, cuando se rige nacion como Inglaterra, valen las amena-

zas y no valen cosa alguna las súplicas. El Czar sienté que la Reina ruegue, por lo mismo que él no puede acceder. En vano preguntan los diputados qué dice la respuesta á semejante demanda; en vano qué proposiciones de paz guarda *in pectore* el triunfador; la *Cancillería Británica* parece un periódico pobre y vulgar, completamente falto de noticias. Si en vez de pasar la guerra en el Bósforo, teatro ántes principalísimo de la influencia británica, pasára en la luna, quizás tuviera más medios de saber y de influir el *Foreign-Office*. Jamas se vió tanta decadencia y tanta resignacion al mismo tiempo. Todas las naciones que últimamente han descendido, Francia, Austria, la humilde Dinamarca, descendieron combatiendo. Solamente á la Inglaterra de nuestro tiempo le reservaba el destino tamaña caída sin que fuera acompañada de ninguna protesta. El pueblo inglés se ha procurado singular consuelo á su desgracia singularísima, como decir que ningun interes suyo se encuentra comprometido en la toma de Constantinopla. Que pasen, pues, en buen hora los Balkanes; que tomen á Andrinópolis; que conquisten toda la Tracia; que se queden con una parte considerable de la Armenia; que reincorporen á su Imperio la Besarabia; que aumenten la Rumanía con la Dobroutzka; que emancipen la Sérvia y la acrecienten con los despojos de Turquía; que dila-

ten hasta las riberas del Mediterráneo la dominación del Montenegro; que entreguen al Austria la Bosnia y la Herzegovina; que dominen el Golfo Pérsico; que acaparen los Estrechos; todo esto no le importa cosa á la flemma británica, pues no llega directamente, ni á la India ni á la Irlanda.

Ya sabemos lo que hace Inglaterra; veamos lo que va á hacer la segunda potencia más interesada en este conflicto; veamos lo que va á hacer el Austria. Interésale á Inglaterra el paso por los Estrechos, la libertad del Golfo Pérsico; interésale al Austria el paso por el Danubio, la libertad de sus varias desembocaduras en el mar Negro. Interésale á Inglaterra, poseedora del Imperio índico, que ningun pueblo aventaje su influencia en Asia; interésale al Austria, soberana de tantas naciones eslavas, que ningun pueblo vincule y amortice la exclusiva representación del eslavismo. No se puede tocar á Gallípoli ni á Constantinopla sin que la prepotencia marítima de Inglaterra se conmueva; no se puede tocar á ninguno de los principados danubianos sin que la prepotencia territorial del Austria se conmueva también. De aquí un fenómeno extraño, el fenómeno de que sean los dos únicos veladores de Turquía en la tierra, por una antigua tradición, el pueblo inglés y el pueblo austriaco. La gran Austria había dicho á cuantos se educaron en el

ódio á su antigua política reaccionaria, y movidos de este ódio deseaban su desaparición casi del mapa europeo, que aún le quedaba un gran ministerio político: iniciar en la civilización y en la libertad á los pueblos eslavos, oponiéndose á la autocrática influencia rusa y reemplazándola por la civilizadora y liberal influencia germánica. Así, en el día de sus grandes desventuras, cuando le arrancaban las hermosas llanuras de Lombardía y las prestigiosísimas costas de Venecia; cuando le obligaban á reconocer la independencia de Hungría; cuando la amenazaban con erigir de sus fragmentos nuevos reinos como Bohemia, y con anexionar los habitantes del Ducado de Austria al imperio á quien pertenecen integralmente, al Imperio alemán; defendíase la antigua monarquía de Meternich, recordando su poder en la raza eslava, su ministerio de educación y de progreso en esos pueblos, que, abandonados por ella, iban á caer de hinojos ante Rusia, agrandada por tal hecho en términos que sería á las puertas del Occidente europeo, como el antiguo Imperio meda á la puerta de las confederaciones helénicas, un eterno peligro. Y sin embargo, ahora deja que Rusia se incorpore moral y materialmente casi la Rumanía; que el inmenso espacio extendido entre el Danubio y los Balkanes quede, por la fundación de esa Bulgaria, reino independiente en

apariencia, y en realidad provincia moscovita, quede, iba diciendo, como un puente inmenso echado para ir con toda facilidad la ambicion rusa con su fantasma panslavista desde las orillas del Neva hasta las orillas del Bósforo. ¿Qué se han hecho aquellos húngaros, tan enemigos de Rusia y tan contrarios á todas las maquinaciones eslavas? Pues no pueden desconocerlo ni dudarlo. Al levantamiento de los bosniacos, de los búlgaros, de los servios, de los montenegrinos, de todos esos enemigos del Imperio turco, sucederán los levantamientos de los bohemios, de los croatas, de los ruthenos, de todos los eslavos enemigos del Imperio austriaco; que nada hay en el mundo tan contagioso como las revoluciones. Ahora el Imperio austro-húngaro se callará, porque recibe en premio de su inercia y de su silencio la Bosnia y la Herzegovina; pero más tarde, cuando los sucesos presentes tomen todo su desarrollo y las ideas sembradas den todas sus consecuencias, verá que con ese aumento de territorio no ha hecho ni podido hacer otra cosa más que aumentar su debilidad en los inmensos é inenarrables conflictos de un próximo é inevitable porvenir. ¡ Que Dios salve al Occidente de Europa!

LOS ESLAVOS DE AUSTRIA.

Fortalecido el Gobierno frances, veamos qué le sucede al Gobierno austriaco, digno de atencion y estudio bajo muchos y muy varios aspectos. Ya hace tiempo que el ministro Andrassy dejó el poder y que le reemplazó el ministro Taafe. Pues en este largo tiempo no ha podido todavía constituir un ministerio. Y no ha podido constituirlo, porque en Austria, como en Italia y hasta en Francia, la Cámara alta se encuentra en disidencia con la Cámara baja; mas, al revés de Italia y Francia, ostenta tendencias mucho más liberales y mucho más progresivas la alta que la baja Cámara. Si el Gobierno resulta muy conservador, oposicion segura en el Senado; y si resulta muy liberal, oposicion más segura todavía en el Congreso. Para evitarse las contingencias de cualquiera de estas oposiciones, ha encontrado el Ministerio un recurso: quedarse incompleto. Y anda así, con muchas carteras ménos hace ya dias, debili-